Presentación: Encuentro Internacional sobre Turismo Cultural en América Latina y el Caribe

Asistimos en nuestros días a una suerte de verificación de ideas afloradas hace algo más de una década en América Latina y el Caribe. Ideas que, con un serio trabajo de conceptualización y de reflexión impulsado por la UNESCO, hoy se convierten en guía insoslayable para encontrar claves que ayuden a enfrentar los desafíos específicos de nuestro ámbito geocultural.

En MONDIACULT, celebrada en México en 1982, nuestra Organización plasmó una de esas inspiraciones proféticas. Parecía simple pero, a la vez, se ha demostrado seriamente compleja: sin la toma en cuenta de la dimensión cultural en los procesos sociales y económicos, no hay desarrollo duradero para los pueblos.

La cultura tiene mil definiciones filosóficas y antropológicas; parnasianas y populares, y es que está en todo, es como el aire que respiramos; omnipresente, aunque invisible. El hecho es que, a pesar de esa intangibilidad, poco a poco se fue abriendo paso el convencimiento de que la cultura es una variable fundamental para explicar las distintas pautas de los procesos históricos, y es también un factor indispensable para explicar los cambios, así como para entender la esencia misma del desarrollo sostenible.

Resulta, así, que las actitudes y los estilos de vida determinan la forma en que administramos nuestros recursos de todo orden para la continuidad de la vida individual y colectiva. Todo aquello que potencia el desarrollo, tiene sustento en los valores culturales que adoptan las comunidades humanas para aprovechar el potencial creador, para utilizar los recursos renovables y no renovables.

Avanzando esta argumentación, la UNESCO desembocó recientemente en la publicación de un "Informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo", denso en hallazgos, sugerencias y recomendaciones entre las que destaca la necesidad de adoptar nuevas estrategias de desarrollo que tengan presentes los aspectos culturales. En ese sentido, de particular importancia, resulta el enfoque racional y respetuoso del turismo cultural, como una de las actividades más productivas y de mayor impacto en la vida contemporánea.

Pero no por importante, el fenómeno turístico deja de estar preñado de interrogantes acerca del costo-beneficio, debido a las formas como se practica, a menudo carentes de visión estratégica.

Se sabe, por ejemplo, que en un microterritorio de 3 640 km cuadrados que ocupan las Islas Baleares caben 250 mil plazas hoteleras y una cifra parecida de bares, restaurantes y otros comercios y entretenimientos capaces de recibir a una población efímera diez veces mayor a la de los propios isleños.

Estos datos no dejan, por supuesto, de maravillar, pero con una mezcla de admiración y de serias perplejidades que provocan vértigo. Acaso se deban a la ausencia de datos convincentes en el plano del desarrollo, sobre las bondades de la industria sin chimeneas.

En gran parte la mutua incomprensión entre los que se dedican a la cultura y los empresarios del ocio obedece a que los primeros se han sentido por mucho tiempo como seres advenedizos en el coto vedado de los segundos. Error craso, porque ¿qué pueden los unos sin los otros y viceversa?

Por supuesto, los especialistas saben argumentar sobre la importancia del turismo en este planeta acelerado, pero, en general, siempre lo hacen en términos económicos. Poco se detienen a hacer otro tipo de cuentas para ver cómo de la época de Ulises a nuestros días buena parte de las motivaciones del viajero han cambiado y, con el año 2000 a la puerta, contemplamos alucinados el desplazamiento de masas peregrinas que, las más de las veces, no saben lo que van buscando o de qué van huyendo.

Es, entre otros, el tema de la masificación el que hay que destacar como un hecho distintivo de nuestras sociedades finiseculares, masificación que se traduce por una uniformización de más en más notable del comportamiento colectivo, y de más y más arraigado en nuestros modos de pensar y actuar. Está por demás decir que

el turismo no escapa a este patrón general y, más bien, es una de sus ilustraciones más evidentes. Es así como las playas, las estaciones de esquiaje, los lugares de moda o las ciudades históricas, durante los períodos vacacionalcs son invadidos por multitudes anónimas e informes, por una oleada de magma indiferenciado de viajantes cuyas acciones y reacciones son previsibles y estereotípicas en extremo. Son, además, la expresión acabada de la sociedad de masas y de los efectos perversos que ella contagia: contaminación y deterioro del medio ambiente y del medio cultural; folklorización y degradación de las culturas locales y nacionales; pasividad y despersonalización de las acciones y las prácticas humanas.

No obstante, está claro que si la UNESCO se quedara en esta visión negra y catastrofista del hecho turístico, no hubiera avanzado las propuestas que ahora comparte con todos los sectores interesados en buscar la inflexión que encauce por una vía positiva este fenómeno. Porque sucede que, simultáneamente, el turismo, por la necesidad de evasión, más aún, de ruptura con lo habitual que todo viaje implica; por la situación festiva y lúdica que instaura, por la voluntad de descubrimiento y de comunicación que conlleva; ese turismo es un terreno privilegiado para la apropiación individualizada de las opciones y de las actividades de los actores itinerantes. La cuestión está en usar los resortes psicológicos y culturales que pongan en evidencia los ingredientes evocadores de esa libertad de opción.

Los especialistas hablan de que estamos entrando en una tercera fase tipificadora del *homo turisticus,* fase que se caracteriza justamente por esa posibilidad de elegir. Las dos primeras fueron la del aventurero solitario y, luego, la de la manada ciega. En esta nueva etapa los rasgos esenciales consisten en la segmentación de la oferta, la diferenciación de la demanda, la atenuación de las diferencias entre ocio y trabajo y la personalización recuperada de los procesos y hábitos viajeros. Pero ¿cómo orientar definitivamente al turismo en esta nueva dirección? ¿Cómo salir de la infantilización actual de las conductas y cómo salir de la apatía para volver las actitudes adultas y participativas, dinámicas y, a la vez, atractivas? ¿Cómo tornar el inmovilismo en movilización, la reiteración estéril en innovación fecunda, el consumismo pasivo en protagonismo creador?

El camino ideal hacia esa transformación está representado, a todas luces, por el *turismo cultural.* Porque sabemos y comprobamos cada día con más fuerza que si las cuestiones graves y los problemas más acuciantes son de naturaleza económica y social, las soluciones y las respuestas son de contextura cultural.

Imaginemos el inmenso capital individual y social que representa la totalidad de tiempo inactivo, vacío, de nuestros contemporáneos. Imaginemos ese tiempo convertido en energía cultural. Es decir, en tiempo de exploración y de aprendizaje, tiempo de la belleza y el placer, tiempo de la expresión y del conocimiento, tiempo del compromiso y del encuentro; tiempo de la admiración y de la recreación.

¿Qué objetivo más consubstancial con su misión puede asumir la UNESCO que aquel de contribuir a inocular esta forma creativa de vivir el Turismo, en lugar de sufrirlo como una verdadera plaga? Nuestra Organización se ha empeñado en estos años en alentar la comprensión de los pueblos, la fraternidad entre las naciones; en lograr que el contacto con el patrimonio histórico, monumental y natural sea experiencia cognoscitiva y fuente de elevación espiritual y no tránsito irreverente de tropeles de autómatas.

La reflexión sobre estos temas ha llevado a la conclusión de que es reconociendo la diversidad, la pluralidad de las culturas como cada una de ellas se enriquece particularmente y está en grado de aportar algo a las otras. Este enfoque no debe olvidarse cuando se habla de flujos turísticos y es válido en todas las latitudes del planeta, muy especialmente en América Latina y el Caribe. Sin caer en tópicos, esta región es un verdadero crisol en el que se manifiestan con vitalidad ejemplares formas de convivencia marcadas por una fecunda mezcla cultural que se expresa a través de las artes populares, de la música, de la pintura, de la literatura, de la arquitectura, de las tradiciones. Si a esto se suma el paisaje y la biodiversidad, América Latina y el Caribe, constituyen un espacio privilegiado que permite el desarrollo de un turismo para todos los gustos.

Cierto es que las riquezas culturales y naturales que en sí constituyen un bien, pueden convertirse en fuente de calamidades ante el crecimiento masivo e inarmónico del turismo mundial. Pero, en tanto el llamado progreso no acabe por convertir las vivencias esenciales de los seres humanos en realidad virtual o en ilusión visual, y los turistas no se contenten con ver en sus pantallas una pirámide plana, una flor sin aroma, un mar sin brisa, una guayaba insabora, o una danza que no traduce los latidos del cuerpo, conviene concertar los esfuerzos nacionales e internacionales para hacer del turismo cultural en la región una opción preferencial. Conviene asimismo que ese turismo constituya un horizonte posible de integración regional y subregional y que se traduzca en claro beneficio para los sectores sociales.

Lograr este fin implica muchas tareas: desde la elaboración de repertorios y de mapas de los sitios de interés turístico, hasta el establecimiento de una estrategia de rescate y valoración del patrimonio cultural y natural. Hay que formular líneas de acción que sirvan para conciliar las políticas turísticas con las culturales; identificar las rutas y circuitos que atraigan flujos importantes de turismo nacional e internacional; capacitar los recursos humanos para la gestión y promoción del turismo cultural; potenciar actividades económicas conexas, como la artesanía y otras industrias culturales; fomentar alternativas de turismo especializado de tipo deportivo, de salud y educativo. Hay, en fin, que establecer políticas que tiendan a corregir falsedades y estereotipos que distorsionan los verdaderos atractivos que ofrece la región. Buena parte de esta colosal tarea está en marcha por iniciativa de los gobiernos y de la empresa privada. Falta el enfoque global, el esfuerzo integrador. Proyectos como

el Mundo Maya, como los itinerarios de las reducciones jesuíticas en Sudamérica, como la Ruta del esclavo en el Caribe, no han faltado y se prevé que habrán de proliferar en el futuro, con su cualidad de poner de manifiesto las ventajas de saber sumar esfuerzos.

No obstante quedan aún sin respuesta multitud de preguntas: ¿cuánto se beneficia América Latina y el Caribe del flujo turístico? ¿Qué repercusiones pueden tener las oleadas de migrantes efímeros en la vida cotidiana de los pueblos? ¿Cuáles son los atributos naturales, culturales e históricos de la región, que pueden constituir un atractivo suplementario en la férrea competencia internacional? ¿Cómo fomentar un turismo interesado por el patrimonio natural y cultural, respetuoso de las identidades nacionales y al mismo tiempo beneficioso para los procesos de desarrollo? ¿Hasta qué punto la industria turística con sus efectos multiplicadores en vastas ramas de la economía, tiene la incidencia necesaria en la creación de fuentes de empleo y el estímulo que impulse mejoras en la infraestructura y los servicios de un país?

Estas cuestiones revisten gran complejidad y justamente por ello hay que abordarlas con rigor y urgencia. Promover el turismo trasciende con mucho el simple hecho de contar con capacidad hotelera. Las políticas turísticas deben infundir respeto a los hábitos locales, a los valores sociales; deben dar rango y dignidad al patrimonio histórico y natural, así como a las manifestaciones artísticas de una nación deben, en suma, ser colocadas en un marco ético. Se trata de que esas políticas destaquen y valoren debidamente las expresiones de la cultura y de la identidad nacionales. Sobre esa base, será dable el efecto de enriquecimiento mutuo generado por el turismo cultural.

A fin de reflexionar sobre algunos de estos desafíos, que requieren urgentes decisiones, la UNESCO, consecuente con sus esfuerzos en este campo, convoca a un Encuentro Internacional sobre Turismo Cultural en América Latina y el Caribe. La reunión persigue constituir un espacio amplio y flexible en el que todos los países de la región se reconozcan; busca, igualmente, impulsar cooperación e inversión para *el turismo cultural* y aspira, por encima de ello, a suscitar el compromiso de las autoridades públicas y los sectores privados en acciones conjuntas de beneficio cierto para todos los actores involucrados.

El reto es de gran envergadura porque hay que salir de la reunión con un plan de acción. Hay que tener en mente que tenemos al alcance la capacidad movilizadora necesaria para establecer conexiones y promover la cooperación. El compromiso de la UNESCO, como dice su Director General, Federico Mayor, está a favor de un turismo que concilie las exigencias de salvaguardia del patrimonio histórico y natural, así como las exigencias del desarrollo cultural, social y económico, con aquéllas de las poblaciones implicadas y la necesidad del diálogo intercultural.

Federico Mayor se dirigió recientemente a los profesionales del turismo en Milán para animarlos a participar en acciones conjuntas de mecenazgo a favor del Patrimonio Cultural. Recordó que tanto las cadenas hoteleras como las compañías aéreas y todos los operadores en este campo, en gran medida fundan su actividad sobre el disfrute del patrimonio cultural y natural. "En reciprocidad, no estaría mal, dice, que la cultura se beneficiara de una mayor atención por parte de esos sectores. Por su parte, la UNESCO está lista para aportar su concurso en búsqueda de mecanismos propicios para el apoyo de acciones semejantes".

La convocatoria incluirá estos temas y otros que tienen que ver con la formación de servicios y la gestión; así como con el desarrollo de industrias artesanales y culturales; la promoción, la conformación de imágenes, la información y la informática, la investigación. Estamos seguros de que resultará atractiva porque persigue lo que a todos mueve en la región: encontrar vías de desarrollo que no desvirtúen su verdadera alma, que no malogren su verdadera riqueza representada por sus culturas, sino que permita usarlas como impulsor y como meta promisoria de un futuro mejor.